

UNA CONFERENCIA INÉDITA DEL DR. JUAN ROF CARBALLO EN LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA DE SEVILLA

(En recuerdo al profesor Galera)

Es ahora la tarde del viernes 24 de abril de 2020 y acabo de recibir la triste noticia del fallecimiento de don Hugo Galera Davidson. Siempre permanecerá en mi recuerdo como mi mejor profesor en la Facultad, único e irrepetible, y también tengo ese sentimiento al recordar su labor como presidente de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Sevilla.

Pero entre los muchos cargos, honores y distinciones que tuvo y recibió en su apasionante vida, quiero destacar la que creo más importante y que a él es la que más llenaba. Me refiero a su condición de MÉDICO, así simple y llanamente.

Es por ello que en esta tarde se me ha venido inmediatamente a la memoria la figura del MÉDICO-SEÑOR que tan originalmente creó, hace ya casi cincuenta años, otra gran personalidad de la Medicina española, el doctor Juan Rof Carballo. Rof contraponía a esta, la del MÉDICO-SIERVO.

El profesor Galera representaba sin duda el paradigma del MÉDICO-SEÑOR. De ese modo, me fui enseguida a mi archivo a rescatar el manuscrito, guardado y oculto durante tanto tiempo, que explica perfectamente esta concepción, y tras laboriosa transcripción, dar a conocer a todos lo que considero una pequeña joya.

Se trata de la conferencia que dio Rof en la Academia el 18 de marzo de 1971, cuando esta tenía su sede en la Torre Sur de la Plaza de España. En mi opinión se trata de un texto de enorme actualidad, dada la lastimosa situación por la que pasa actualmente nuestra profesión.

Tuve la inmensa suerte de conocer personalmente a Juan Rof, por la estrecha amistad que tenía con mi padre. Brevemente quiero recordar que Rof, gallego de origen, fue un destacado médico humanista y ensayista. Considerado como el padre de la medicina psicosomática, fue además numerario de la Real Academia Española y de la Real Academia Nacional de Medicina.

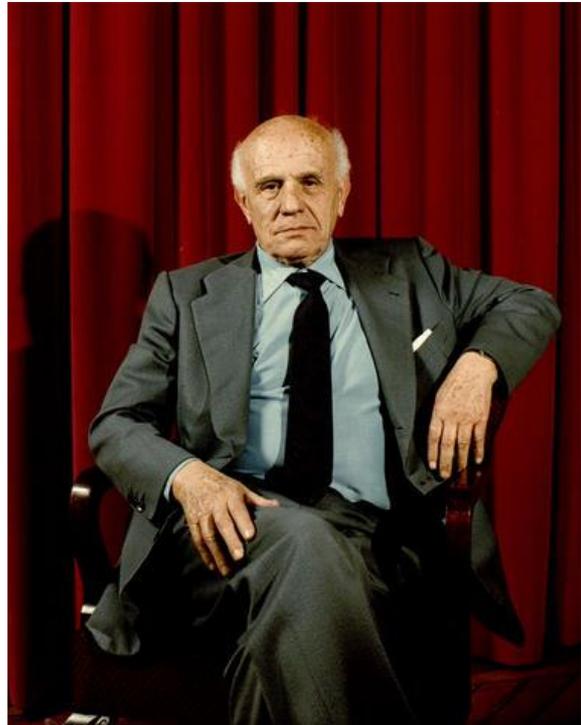
Sirva esto como homenaje a la figura de don Hugo Galera Davidson.

Jorge Domínguez-Rodiño Sánchez-Laulhé

LOS DISTINTOS NIVELES DE LA COMUNICACIÓN ENTRE MÉDICO Y ENFERMO

MÉDICOS SEÑORES Y MÉDICOS SIERVOS

*Transcripción realizada por el Dr. Jorge Domínguez-Rodiño
Sánchez-Laulhé del original de la conferencia del
Dr. JUAN ROF CARBALLO en la Real Academia
de Medicina y Cirugía de Sevilla
el 18 de marzo de 1971*



Hace poco tiempo un médico joven y probablemente muy competente en su especialidad escribió, no recuerdo con qué motivo, en un diario de gran difusión, que la medicina española comenzaba solamente ahora, con su generación, gracias a la rica ayuda en aparatos y en modernos medios para la enseñanza y para el tratamiento de los enfermos graves que el Seguro Obligatorio de Enfermedad ha proporcionado a nuestra profesión. El adelanto técnico de nuestra medicina contemporánea es algo absolutamente indiscutible. Como también lo es otra cosa menos conocida, el inmenso progreso que se está

realizando, gracias al denodado esfuerzo de muchos de mis colegas, por mejorar en todas sus dimensiones la formación del médico. Precisamente fue uno de estos compañeros míos, unidos los dos por una admiración común, la de él nacida de la idea de que yo tuve algo que ver con su formación, cuando, en la clínica de Jiménez Díaz trabajó, a mi lado; la mía al ver su entusiasmo y su coraje que no ha sido mellado pese a haber sufrido, todavía en plena juventud, esos mordiscos en las coronarias que es el tributo de muchos médicos a sus agotadoras jornadas de trabajo, un médico que ha hecho mucho por mejorar la enseñanza de los postgraduados, el Dr. Ramírez Gedes, quien le replicó recordando que en España la Medicina había comenzado mucho antes, pese a las dificultades que tuvo que vencer para allegar recursos técnicos, tanto para la investigación como para la enseñanza.

Aquel episodio me llevó a pensar en esa singular condición de la medicina que, a lo largo de toda nuestra historia, se traduce por una dialéctica entre el señor y el siervo, muy distinta de la que estudió Carlos Marx, pero no menos aleccionadora. Alguna vez he hablado, en mi ensayo sobre Quirón el centauro, de la bella obra de Kerényi, *“Der Göttliche Arzt” (El médico divino)*, en la cual su autor, remontando —decía yo: igual que se hace con el curso de un río misterioso, la historia del culto de Asclepios desde su huella, en el muro Travertino, en la isla Tiberina, cuando el dios fue traído -en forma de serpiente- desde Epidauro a Roma para combatir una epidemia de peste—, llega a los inciertos orígenes del arte médico en Tesalia. La genealogía de Asclepios se remonta a dos dioses, Apolo y Quirón, este último ser de ambigua naturaleza, en el que se enlazan lo instintivo y lo apolíneo, el subconsciente ciego y la razón luminosa. El médico, siempre, unas veces con razón, la mayoría de las veces sin ella, fue exaltado, divinizado por sus enfermos. Otras veces fue cruelmente caricaturizado, menospreciado. Y debemos reconocer que a veces con cierta razón.

Si los griegos hicieron de Asclepios casi un dios, los romanos empleaban para los menesteres de la medicina a los esclavos. Hay muchas formas de ser esclavo. Recuerdo en mi último libro *“Rebelión y futuro”* la novela de Samuel Butler, contemporáneo y adversario de Darwin, titulada *“Erewhon o al otro lado de las montañas”*. Se publicó hace exactamente ahora cien años, en 1871 y allí está previsto nuestro futuro. Volvemos esclavos de las máquinas. Pues va a

haber -pronostica- “máquinas que se reproducen” y para las cuales seremos nosotros, los hombres, un poco lo que ahora son para nosotros los perros, los gatos, los caballos... Viviremos felices, no obstante, sin sentir nuestra esclavitud, como probablemente tampoco la sienten, tampoco se dan cuenta de ella nuestros caballos y nuestros perros. Dice Butler de manera absolutamente profética: “...esta revolución se va a cumplir con tanta lentitud que el sentimiento que el hombre tiene de su dignidad nunca va a ser lastimado de forma violenta. Nuestra esclavitud se nos irá acercando sin ruido y a pasos imperceptibles...”. Ese tiempo ha llegado. El médico moderno es, cada vez más, un médico esclavo. Esclavo de múltiples dueños. Esclavo contento, satisfecho, que no se da cuenta de su esclavitud. Le dominan señores diversos. En un nivel relativamente poco importante le dominan eso que se ha dado en llamar “las terceras personas de la medicina”; es decir, los organismos administrativos, los rodajes complicados de la tecnocracia. En un segundo nivel, las máquinas, los aparatos que maneja y a los que no solo rinde, inconscientemente, culto sino que, volviéndose sacerdote de estos nuevos dioses, los exhibe ante sus enfermos, apologéticamente, como el *summum* y ápice de la medicina como ciencia. En tercer lugar, el médico actual está expuesto a la esclavitud inherente al mundo que vivimos, mundo tecnificado, desacralizado. Esclavitud esta no por más sutil e imperceptible menos poderosa. Esclavitud compartida con sus contemporáneos, es cierto, pero compartir la esclavitud no mengua en nada nuestra condición de siervos que ignoran lo que son.

Los ídolos suelen revestirse de oro y la medicina actual, ciertamente, lleva la áurea vestidura de sus prodigiosas conquistas, de sus incesantes progresos, de sus realizaciones maravillosas. Todo esto, hay que reconocerlo, sería estúpido combatirlo ya que de estos beneficios hacemos todos cotidiano uso en nuestros enfermos. Pero las conquistas de la ciencia se consiguen, por lo general, a expensas de reducir, insensiblemente, el horizonte en que nos movemos. Triunfamos de muchas enfermedades, pero angostando nuestro campo de visión. Los modernos estudiosos del conocimiento humano han denunciado esta sutil artimaña del progreso de la ciencia tecnificada. Hay, junto a sus inmensos logros, una amputación de la realidad, en nuestro caso de la realidad total del paciente. Llegamos a mayor profundidad en el conocimiento de ciertos aspectos del enfermar humano, pero a expensas de perder la visión para

muchas otras cosas, para la totalidad del ser humano, para facetas muy importantes de su sufrimiento, para su condición de ser fraterno, de persona que solo puede entenderse en un conexo social. Y así, cuando tratamos de salvar la vida en grave peligro de un paciente con coma hepático o con un infarto arterial, dentro de una unidad de asistencia intensiva lo hacemos, forzados por la técnica, rompiendo, para evitar la contaminación con gérmenes, la comunicación con sus familiares. Esto es, esa comunicación que para él, para nuestro enfermo como persona, era sagrada, su respaldo vital, aquello que evocaba en su fisiología el primigenio constituirse que tuvo cuando nació y que permitió se desarrollasen robustos sus sistemas de autoprotección, sus sistemas de vigilancia. Ahora, queda implacablemente interrumpida por una pantalla de cristal, muralla china o muro maldito, dejándole entregado tan solo a la solicitud de las enfermeras que, por diestras que puedan ser y habitualmente lo son mucho, por abnegación que tengan, nunca pueden sustituir el vínculo emocional, primordialísimo, que en la biología de nuestro paciente juega tanto o mayor papel curativo que sus fermentos, que sus sistemas de autorregulación o que las hormonas más sutiles.

Mi amigo, al salir por los fueros de la historia contemporánea de la medicina en nuestro país y recordar, indignado, que no se podía olvidar la labor de un Marañón, de un Madinaveitia, de un Novoa Santos o de un Jiménez Díaz, dejaba de lado este otro punto cardinal. El era, todavía un médico-señor; su oponente era un médico-esclavo.

¿Por qué, ahora, al hablar entre vosotros, médicos de Sevilla en esta ilustre Real Academia de Medicina y Cirugía, me he visto forzado a recordar esta arcaica y siempre viva dialéctica que en nuestra profesión existe entre el médico-siervo y el médico-señor? Por dos razones. La primera porque necesariamente tenía que evocar aquí la memoria de algunos médicos sevillanos amigos míos, que fueron grandes señores de la medicina, por ejemplo, Eloy Domínguez Rodiño y Joaquín Mozo. Con ellos no sólo recorrí los más bellos parajes de vuestra ciudad, sino que alguna vez los acompañé por palacios y barrios miserables, viéndolos actuar siempre con igual porte de grandes señores de la Medicina. Joaquín a veces junto a su gran amigo Juan Belmonte, otro gran señor de España, tratando con el mismo gesto fraterno y noble al aristócrata y al gitano de Triana, al menesteroso que al gran terrateniente, al enfermo que sólo tenía una trivial ansiedad como al que llevaba en sus facciones el signo de un mal sin

curación. Me acompañaron en mis visitas a vuestro Hospital de la Caridad, hospital de médicos-señores. Me recordaban, por el halo de simpatía y fervor que tenían siempre, a otro médico amigo mío, Enrique Hervada, que fue en La Coruña, médico de toda la ciudad. No llegó a publicar grandes trabajos; se limitó en su vida a ser médico de ricos y de pobres. Cuando falleció, ya en edad avanzada, miles de personas se disputaron el honor de llevar a hombros su féretro desde el corazón de la ciudad al hermoso cementerio en donde, a varios kilómetros de distancia, junto al mar, reposan sus cenizas. Me diréis: ¡Aquella era otra Medicina! Quisiera hoy demostraros que no es así; que esa Medicina, la Medicina del dios Asclepios, la del componente a la vez apolíneo y brioso del centauro Quirón, no desaparecerá jamás.

La segunda razón es aún más importante. Allá por el año 1693 se agrupan en Sevilla siete médicos, los que Marañón llama “los siete hombres buenos de Sevilla”, para constituir primero, la “Veneranda Tertulia médico-química-matemática hispalense” y después la que fue “Regia Sociedad de Medicina y demás Ciencias”; esto es la predecesora nobilísima de esta Real Academia de Medicina y Cirugía de Sevilla, en la que hoy he tenido el gran honor de hablaros.

Estos “hombres buenos” —repetamos sus nombres— fueron D. Juan Muñoz y Peralta, D. Miguel Melero Ximénez, D. Leonardo Salvador de Flores, el Lcdo. D. Juan Ordóñez de la Barrera, presbítero y médico cirujano de la Serenísima Reina Doña Mariana de Austria, D. Miguel de Boix, el Lcdo. D. Gabriel Delgado y D. Alonso de los Reyes. En el tomo I de la Memorias Académicas puede leerse acerca de sus primeras reuniones en el domicilio del primero de los citados, cerca de la Alfalfa:

“Su seria aplicación les granjeó, en pocos años, tanto crédito, no solo en Sevilla sino en el resto de España, que presto tuvieron el gusto de ver que de otros lugares unos solicitaban agregarse para ser compañeros en los útiles ejercicios a que se destinaban y otros para tener la satisfacción de titularse individuos honorarios de dicha Veneranda Tertulia”.

Estamos, pues, ante los continuadores de esa “Veneranda Tertulia” creada por unos hombres amantes del saber que se reúnen para comunicar entre sí. En el año 1693 aparece, por tanto, en Sevilla el primer intento de aumentar el saber de cada cual con la comunicación a los demás. En una palabra, surge en esta ciudad la primera sociedad científica de España. ¿Qué

clase de médicos, de hombres de ciencia eran aquellos? ¿De qué hablaban? Probablemente se comunicaban su experiencia. Lo harían en el lenguaje de la época; hablarían de lo que habían observado, de casos extraños, de sus acciones imprevistas, de males entonces misteriosos. De una cosa seguramente no hablaban, de la razón de su prestigio, de por qué gozaban de la confianza plena, del amor de sus enfermos.

Han pasado muchos años desde entonces, desde ese año de 1693. ¡Casi tres siglos! Todavía esto, pese a nuestros aparatos, a nuestras máquinas, a nuestra bioquímica molecular, a nuestro psicoanálisis, es todavía un misterio. Cómo el alma del hombre se comunica de manera subterránea y escondida con el alma de otro hombre mediante la simpatía, la admiración, el fervor. Hoy, tan solo desde hace poco tiempo, empieza a estudiarse, de manera científica, esta cuestión: el problema de la “empatía” no solo como factor de comunicación entre el médico y el enfermo sino como instrumento poderoso de curación.

Permitidme que demos un salto ahora de aquella Sevilla de fines del siglo XVII hasta nuestro tiempo. Estamos en Barcelona, en 10 de marzo de 1932. En un pisito de la ciudad catalana, un genial artista, Schoenberg, que más tarde va a huir de Alemania para no caer en los campos de concentración, termina su obra gigante, la ópera “Moisés y Aarón”. Obra complejísima, escrita en las formas más modernas del arte musical, en lenguaje dodecafónico, obra fascinante, en la que se plantea en su dimensión más trascendente el problema de la comunicación. Comienza cuando Moisés desciende del Sinaí, de hablar con Dios. No logra apenas expresarse, tartamudea. Solo acierta a decir: “Único, eterno, omnipresente, Dios invisible, Dios irrepresentable”. Ha estado frente a Él, ante aquello de lo que no se puede formar imagen alguna, que es esencialmente indecible en su omnipresente e inconcebible majestad. Lo que Moisés ha visto es absolutamente imposible traducirlo en palabras.

Alguna vez he recordado la fascinación que sobre Freud ejercía el Moisés de Miguel Ángel. Siempre que podía acudía a Roma, subiendo con emoción la escalinata de San Pietro in Vincoli para, contemplando la estatua horas y horas, tratar de descifrar el enigma. Al final cree haberlo descubierto. Para Freud, Moisés, tal como lo representa Miguel Ángel, es el hombre que, de retorno del Sinaí ve a su pueblo entregado a los ídolos, a la adoración del becerro de oro. Su primer impulso es tirar las tablas de la Ley, arrojarlas lejos de sí, lleno de

desprecio por aquellos hombres que desconocen a Dios. Pero, añade Freud, Moisés se reprime, se domina, hace un gigantesco esfuerzo y es este esfuerzo, esta hazaña, la más importante —dice— que el hombre puede realizar, al servicio de un ideal, dominar sus pasiones, la que está expresada en la estatua miguelangesca.

Ahora bien, por mucho que me he esforzado yo no he visto, desde que conozco la ópera de Schoenberg, este Moisés de Freud. Sobre esta imagen, que un tiempo me pareció plausible, se sitúa ahora otra. En la que Moisés se opone a la pretensión de Aarón, el cual le dice que a los hombres hay que llevarles algo que comprendan, palabras, consignas, cosas que les muevan, que les hagan actuar. Lo “indecible”, lo “inefable”, no tiene virtualidad política. Aarón es un hombre de religión, pero también un político. Moisés es algo superior; ha dialogado con Dios. Y de ello resulta, de esta comunicación con lo que es incomprensible, el tremendo y grandioso drama de la no comunicabilidad. La resistencia de aquello que se aprende por intuición o por revelación, ha de ser revelado en forma de palabras. La Palabra, ahora con mayúscula, es decir el Verbo, rehúsa, en boca del Moisés de Schoenberg, hacerse carne. El diálogo se vuelve dramático en extremo porque Aarón, sutilmente, quiere seducir a Moisés para hacer que se traicione a sí mismo. Para comunicar la verdad, para volverla “práctica”, la verdad ha de ser mutilada, ha de ser una verdad de compromiso. Las palabras distorsionan nuestro pensamiento, sobre todo cuando son elocuentes. Los biógrafos de Schoenberg dicen que este, en Barcelona, podía dar cabo a la difícil empresa de terminar este gigantesco poema sinfónico aún en medio de la charla de sus amigos. Lo que no toleraba era el silencio. Y, sin embargo “Moisés y Aarón”, su obra, es una consideración radical y profunda del silencio, de ese abismo que hay entre lo que se comprende sintiéndolo crecer dentro de nosotros y lo que puede ser dicho.

He aquí, me digo ahora, la diferencia radical entre el “médico-señor” y el “médico-siervo”, entre el médico que, además de su saber, ejerce la empatía, la comunión profunda con el alma ajena y el que se ha vuelto, de manera insensible, esclavo de muchas cosas. De directores anónimos, de estructuras político-sociales, de los aparatos que maneja, de la ciencia y de la cultura tecnificada de nuestros días. Para el “médico-señor” el drama del hombre y más aún del hombre doliente, del enfermo, es siempre el más entrañable del alma

humana: el drama de la comunicación. Para el “médico-esclavo”, manejador de aparatos, la comunicación, trágicamente, ha de dejado de ser un problema. Se limita a un sucinto esquema, a veces minucioso, pero artificial, llamado “historia clínica”.

¿Qué hacer en la formación del médico futuro, que ya se nos presenta con inusitada complejidad, para que este, además de conocedor de la moderna medicina, rica en saberes generales y especialidades, se vuelva ese tipo de hombre que se conoce a sí mismo, que no está exento de angustias pero sabe dominarlas, que tiene humildad, que es objetivo, que es capaz de entrega al prójimo pero sin perder por ello su condición de observador, que tiene flexibilidad suficiente para volverse cuando es necesario un poco niño y que, al propio tiempo, sabe realizar labor creadora, pues sin capacidad de creación no llegaremos nunca a encauzar hacia la curación el alma ajena? En una palabra ¿cómo orientar la formación del médico futuro para que, además de un técnico, al servicio de potencias anónimas, de las máquinas, de los saberes de nuestra era que fuerza hacia la especialización, continúe siendo un “médico-señor”, una personalidad íntegra, dúctil, llena de amor al prójimo, sin envaramientos ni anquilosis espiritual, vivaz, capaz de un constante aprendizaje gracias precisamente a los mensajes que el enfermo emite y que él es todavía capaz de percibir?

La respuesta —o intento de respuesta— sería larga, difícil, compleja. No podemos darla ahora, entre otras razones porque no lo sabemos, porque es menester estudiarla mejor. Pero una cosa se barrunta ya. Para hacer este tipo ideal de médico hay que construir otro tipo de hombre. El médico que es siervo de la técnica lo es porque el hombre al que sirve, también es hombre-siervo de un mundo tecnificado. Para volver libre al médico hay que liberar también al hombre. Y ahora, para terminar, yo me vuelvo con mi fantasía a aquellos siete hombres buenos de Sevilla, los fundadores de la Tertulia que ha dado origen a esta Sociedad y trato de comunicar con ellos. ¿Cómo hacer que no se pierda la empatía, la comprensión del alma del prójimo doliente, en un mundo tecnificado? ¿Es suficiente con que los médicos nos contentemos en ser buenos técnicos, técnicos superespecializados, que manejamos nuestros aparatos a la perfección?

Alguna vez se debió plantear entre ellos una discusión paralela a esta. ¿Debe el médico limitarse a puncionar un absceso, a hacer una sangría, a recomendar un cambio de clima o un balneario? ¿O debe ir más lejos, intervenir en el gobierno de los acontecimientos históricos, pensar sobre ellos, orientar a sus contemporáneos en lo que a su saber alcanza sobre cómo ha de ser el hombre futuro? ¿Un hombre más lleno de amor que el actual porque hemos sabido darle más amor; un hombre ávido de libertad porque ha crecido en la libertad? ¿Un hombre que, desde unos límites recortados y precisos de la persona tiene la suficiente flexibilidad y soltura para volverse de vez en cuando niño, niño creador? ¿Es esta la misión del médico? Yo os digo que sí. El mundo se prepara, entre temores y esperanzas para una nueva etapa de la historia. Puede este camino ser interrumpido por una catástrofe, puede no serlo. Pero recorrerlo, ya es inexorable. Hay que ir hacia un hombre nuevo. Vamos ya hacia él. Más este hombre no será el que quieren los sabios de la ciencia ficción, un hombre con otros cromosomas, con más inteligencia técnica, con menos corazón. Al menos no debe ser así. Los médicos no podemos quedarnos limitados a nuestras técnicas; debemos intervenir en el futuro del hombre. A ello estamos profundamente comprometidos. Por una razón. Porque solo de nuestra experiencia con el hombre surge el conocimiento de esas profundas dimensiones que todos los utopistas de nuestro tiempo: filósofos, científicos, políticos, ignoran y olvidan. Ahora bien, el futuro del hombre, su viabilidad, el que se convierta o no en un ser autodestructor o en un ser creador —y solo dentro del amor se crea algo imperecedero— depende del saber médico. La discusión con mis siete hombres sabios de Sevilla se anima; unos están conmigo, otros no. Pero entre todos por lo menos hemos dialogado sobre algo que toca a lo más profundo de nuestro ser. El horizonte de la Medicina, arte a la vez divino y humano, de grandes y de pequeños vuelos, ciencia del hombre como aparato, como mecanismo, pero también ciencia del hombre como persona. Casi tres siglos nos separan. Pero al final vemos que, pese a todas las discrepancias y al tiempo, nos unen dos cosas fundamentales: el amor a la verdad y el amor al hombre. Por esta razón, cuanto más técnica, más especializada parezca volverse la Medicina, más sierva de un mundo desacralizado, con tanta más fuerza brotará, del último fondo de su ser, de aquel divino antepasado de nuestro

arte, llamémosle Quirón, Apolo o Asclepios, como fuerza curativa la necesidad de trascender de la técnica y la especialización.

El médico del futuro no será un simple servidor de un mundo de robots, de máquinas, sino la pieza esencial, decisiva en el fraguado de un hombre nuevo, más sencillo, más equilibrado, más abierto al riquísimo horizonte de la realidad que el hombre dominado por las máquinas. Ahora sí que creo haber convencido a mis siete hombres sabios de Sevilla, en cuya memoria debiéramos todos esforzarnos en darles la residencia honorable y decorosa que esta antiquísima Sociedad médica merece. Desde los siglos pasados asienten. Parecen decirme: ¡No lo dudes! Siempre, no solo el médico sino el hombre, ha de intentar salir de su condición de esclavo, por disimulada que esté, y volverse señor de la realidad, única forma de servir, en el amor, a esa otra suprema Realidad que es su transcendencia.

Juan Rof Carballo

Sevilla, 18 de marzo de 1971